

Placeres homoeróticos y continuidad de las prácticas vinculadas a la masculinidad hegemónica: el caso de los clientes de bares de estríperes para varones

Óscar Emilio Laguna Maqueda

Centro Nacional de Información, Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública, México.

oscarlaguna1@gmail.com

Resumen

Este artículo deriva de una investigación postdoctoral realizada en algunas ciudades de la República Mexicana, en bares donde bailan y se desnudan hombres para una clientela masculina. A través de observación participante y entrevistas a asistentes a esos lugares pude identificar diversos tipos de relaciones comerciales y eróticas que se establecen entre los estríperes y los clientes que acuden a esos bares para satisfacer sus deseos.

Palabras clave: Masculinidad; Género; Homofobia; Heteronormatividad.

Homoerotic pleasures and continuity of practices associated to hegemonic masculinity: the case of male customers in male strip clubs

Abstract

This article derives from a postdoctoral research I carried out in various cities of the Mexican Republic, in bars where men perform strip tease for a male clientele. Through participant observation and interviews with assistants to those places I was able to identify various types of commercial and erotic relationships that are established between strippers and clients that come to those businesses to satisfy their desires.

Key words: Masculinity; Gender; Homophobia; Heteronormativity.

Fecha de recepción: 3 de febrero de 2019

Fecha de aceptación: 12 de junio de 2019

Introducción

Aunque la discriminación en función de la preferencia sexual está prohibida por la Constitución de los Estados Unidos Mexicanos, en la actualidad la diversidad sexual y afectiva¹ continúan siendo un tema polémico en la República mexicana. Muchos grupos religiosos y conservadores rechazan el reconocimiento de derechos a los colectivos que no se adecuan a la heteronormatividad. En todo caso, hay contextos en los que asistimos a una cierta permisividad, así sucede, por ejemplo, en la Ciudad de México, Tijuana, Puerto Vallarta o el Estado de Coahuila. Y es que México no ha estado al margen de los procesos de globalización de la sexualidad ni del desarrollo del capitalismo gay, que han implicado un avance de derechos y también la creación de espacios para el intercambio sexual, algunos de ellos vinculados al mercado.

Es en esta sociedad (en la que aún son evidentes las muestras de homofobia y en la que se están desarrollando nuevas formas de entender la sexualidad), que me planteé analizar un ámbito en el que se pudiese visualizar la transgresión de las normas por parte de varones, cuyas experiencias, en teoría, se alejaban de los dictados de la heteronormatividad. Para ello realicé un estudio en bares de estríperes donde se congregan e interactúan hombres que desean a otros hombres.

Me enfoqué en bares, ya que considero que han contribuido a la creación de espacios de sociabilidad que proporcionan al público LGTB una cierta seguridad y escapan al escrutinio público. Ahora bien, este tipo de establecimientos no son homogéneos, presentan ciertas diferencias en función de las ciudades en las que se encuentran y de una desigual reglamentación que facilita su carácter más o menos abierto o clandestino. Aspectos que, en buena medida, enmarcan las relaciones entre los bailarines y clientes.²

¹ Este término se asocia a “la crítica tanto del binarismo sexual como de las ideologías y prácticas androcentristas y heterosexistas. Es una concepción que socava directamente los principios estructurales del sistema patriarcal” (Núñez, 2011: 75). En ellos incluiría bisexuales, gay, hombres transexuales.

² Les denomino clientes por ser partícipes de una transacción comercial tanto con el establecimiento como con los bailarines.

El objetivo de esta investigación ha sido estudiar tanto a los estríperes como a los clientes, con el fin de analizar las expresiones de las masculinidades identificables y los posibles desplazamientos y cambios en la construcción del género de los hombres que desean a otros hombres. La hipótesis de partida es que en estos lugares las prácticas de los hombres gais³ que se orientan a satisfacer sus deseos sexuales con otros hombres y que aparentemente contravienen la heteronormatividad, en la práctica, reproducen nuevas formas de discriminación y exclusión. Un aspecto que ha sido tratado desde diversas perspectivas. Así Sabuco y Valcuende (2003) consideran que la denominada cultura gay se sustenta en buena medida en la reproducción de la masculinidad dominante. De la misma forma, Ariza (2018), analiza precisamente cómo los hombres gais reproducen, en este caso en las redes virtuales, los mecanismos de dominación en función de una visión heteronormativa que jerarquiza un modelo de masculinidad hegemónica. Esta investigación se plantea avanzar en esta línea precisamente a partir del estudio de un contexto poco explorado en la literatura como es el de los bares de estríperes.

Aspectos metodológicos

Este artículo es resultado de una investigación postdoctoral realizada en el Instituto de Investigaciones Culturales-Museo de la Universidad Autónoma de Baja California, México. La investigación se inició con una revisión biblio-hemerográfica en diversas bibliotecas universitarias (Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma Metropolitana, Universidad Autónoma de Baja California, University of Houston), y de bases de datos académicas (Dialnet, Gender Watch, JSTOR, MLA International Bibliography of the Social Science, SocIndex y Sage eReference). Ello me permitió acceder al estado del arte y conocer la literatura especializada (Addelston, 1999; Bird, 1996; DeMarco, 2007; Erickson y Tewsbury, 2000; Freitas, 2012; Hakim, 2015;

³ Siguiendo a Rodrigo Laguarda “la palabra gay permite imaginar las relaciones entre personas del mismo sexo como parte central de la propia vida, y marca la verdadera creación de una identidad. El término gay (del inglés “alegre”), se utiliza hoy a escala global para designar a sujetos de sexo masculino que prefieren el contacto erótico con personas de su mismo sexo; alude a personas conscientes de esta orientación sexual en tanto característica distintiva y a una comunidad imaginada en la que los individuos se viven como partícipes de un grupo que no abarcarán jamás; a una identidad pensada más allá de las fronteras nacionales” (2009: 27).

Hurley, 2007; Mitchell, 2011; Piqueiras, 2013; Schifter, 1997). En una segunda fase se realizó el trabajo de campo en las siguientes ciudades: Puerto Vallarta, Ciudad de México, Mexicali, Tijuana, Campeche, Xalapa y Mérida. La metodología empleada utilizó dos técnicas fundamentales: (a) la investigación participante y (b) las entrevistas focalizadas a estríperes, clientes y personas conocedoras de esos lugares.

Se realizaron entrevistas a los clientes en los mismos lugares de trabajo de los bailarines. La forma de acceso a los informantes se iniciaba habitualmente con una conversación sobre el lugar y los desnudistas; posteriormente comentaba a los informantes algunos aspectos sobre la finalidad de la investigación. Si la persona entrevistada continuaba con la plática y mostraba interés se le preguntaba sobre su experiencia en esos lugares y las actividades que desarrollaba en ellos.

Durante el trabajo de campo pude entrevistar a diez clientes (las entrevistas las realicé en Tijuana, Puerto Vallarta, Campeche y la Ciudad de México): siete entrevistas no estructuradas y tres entrevistas estructuradas y grabadas. Los diez varones eran de clase media,⁴ mestizos, de ellos nueve se asumían como gais y uno como bisexual.⁵ Ese número de participantes me permitió alcanzar la “saturación”. La información obtenida a través de las entrevistas más que buscar la representatividad estadística pretendía la ilustración del fenómeno estudiado (Bertaux, 1997).

Masculinidades y homosexualidad en México

⁴ “Aunque existen muchas definiciones de clase media, todas contemplan la búsqueda de la educación como un medio de superación y movilidad social; empleo esencialmente en el sector servicios; un interés por la cultura, el cine y otras manifestaciones artísticas como entretenimiento; la propiedad o alquiler de una casa o apartamento como base de su desarrollo familiar; la construcción de un segundo piso; la posesión de un automóvil u otro tipo de satisfactores materiales” (De la Calle, 2010, s. p.).

⁵ A los lugares donde bailan los estríperes pueden acudir hombres homosexuales, bisexuales o incluso heterosexuales. Sin embargo, durante el trabajo de campo se contactó con varones gais que acudían a esos lugares con su pareja o con amigos. Mis aproximaciones las limité cuando la persona no deseaba hablar o se mostraba evasiva, de ahí que la mayoría de los entrevistados se asumiera como gay.

Las masculinidades en México han sido estudiadas por diversos autores, ya sean las masculinidades de los que se definen como heterosexuales (Amuchástegui y Szasz, 2007; Guttman, 2000; Huerta, 1999; Montesinos, 2007; Ramírez y Cervantes, 2013); ya sean las de los que se definen como gays (Gallegos, 2010; Laguarda, 2009; List, 2009; Núñez, 2000, 2007; y Prieur, 2008). Estos autores se aproximan a unas masculinidades históricas, entendidas como complejas y cambiantes. Un aspecto que se ve claramente reflejado en las formas de entender “lo masculino” en los hombres gays, tal y como señala Guillermo Núñez:

“Con la caracterización complementaria sobre la identidad gay lo que se dibuja como sistema sexual mexicano es en realidad una especie de sistema homoerótico dual: uno de origen hispano, estructurado alrededor de la dicotomía activo-pasivo y otro de origen noreuropeo y norteamericano, articulado en función de la condición intercambiable de los papeles eróticos y de la noción gay” (2007: 281).

Los hombres en México, en general, son socializados y generizados a través de: “un conjunto de prácticas que tienen al cuerpo como su *locus* principal. El objetivo es que se abandone la sensibilidad propia y se desarrolle otra que se despliegue en gestos y actitudes de hombre” (Núñez, 2007: 243). Dichas prácticas forman parte de una pedagogía de la masculinidad e implican el aprendizaje de la homofobia (a través de la homofobización⁶) y la misoginia.

Los hombres aprenden a identificar las prácticas permitidas y valoradas entre los varones; aquellas que deben reproducir para ser reconocidos y valorados, tanto por sus pares como por la sociedad. Igualmente sucede con las prácticas erótico-afectivas, aquellas permitidas y las que tienen vedadas, además de los espacios donde se debe ubicar a los hombres que transgreden la heteronormatividad. Durante esos procesos de aprendizaje, los varones conocen los mecanismos de exclusión utilizados contra los hombres que no responden a la masculinidad hegemónica, entre otros los “homosexuales”⁷, representados

⁶ Acuñé esta palabra para nombrar “el proceso de formar, moldear y construir la experiencia de vida de la persona a partir de los dictados homofóbicos” (Laguna, 2013: 40). Implica el proceso por el cual el sujeto interioriza la homofobia y amolda sus experiencias de vida de acuerdo a lo que ésta le señala.

⁷ Utilizo el término homosexual para referirme a los varones que tienen preferencias sexuales por personas del mismo sexo, en tanto que el término gay lo uso para los hombres que crean una identidad sexual a partir de su preferencia sexual.

como sujetos estériles, depredadores sexuales, individuos que desean destruir a la sociedad y que ocupan la base de la pirámide de prestigio de las masculinidades (Connell, 2003). A partir de esos procesos los hombres conocen tanto los modelos y prácticas ideales como los elementos que ubican a los sujetos en un estado de “abyección”, “entendida en el sentido del ser humano que pierde su humanidad y se ve relegado al estatus de paria con relación a los dominantes” (Eribon, 2004: 69). Un proceso que implica el uso de diversas formas de violencia: psicológica, física y simbólica (cf. Bourdieu, 1999). Los gais interiorizan:

“el estigma sobre la ausencia o menor hombría, ya sea en la demostración de ciertas capacidades subjetivas, en el gusto o atracción por el pene o la penetración, o en el afeminamiento o el amaneramiento. [...] que parece una renuncia o transgresión a un proyecto ideológico personal y social, pero naturalizado, de ser hombre” (Núñez, 2007: 254).

De ahí que la generización de los hombres conlleva una evaluación primigenia, donde habitualmente los mismos varones homosexuales se reconocen como el “otro”, es decir, como la antítesis del modelo de masculinidad hegemónico. La sentencia que ellos mismos se imponen, derivada de su juicio homofóbico, se vincula a la autoexclusión, a silenciar sus deseos, a vivir de forma anónima, con temores y con remordimiento su sexualidad. En este sentido Ignacio Lozano refiere, desde el punto de vista de la psicología, que:

“los malestares masculinos están claramente asociados a la pérdida de un privilegio patriarcal. [...] quienes ‘pierden’ el privilegio de la heterosexualidad por estar asociada al binario del género y a la masculinidad tienen malestares relacionados con la presencia de cuatro emociones: miedo, vergüenza, culpa y tristeza, que en conjunto se han definido como ‘soledad gay’” (2016: 33).

Socialmente, esa pérdida de privilegios se asocia a la invisibilización y exclusión social. A los varones gais en los contextos cotidianos se les expropia simbólicamente la voz, no pueden expresar sus deseos y necesidades, por ello requieren de espacios específicos donde sentirse seguros y manifestar sus anhelos. Llegados a este punto, conviene que nos aproximemos a la caracterización de los usuarios y los locales de estríperes en México.

Los clientes y los contextos

Los bares con estríperes se iniciaron en la década de los ochenta del siglo XX, como un espectáculo pensado solo para mujeres. Paulatinamente fueron incorporándose como parte del entretenimiento de los bares gais en la década de los noventa; ya para fines de esa década había lugares específicos donde se realizaban exclusivamente espectáculos de estríperes durante toda la noche. Las características de estos locales están marcadas claramente por el contexto en el que se encuentran. Así en las ciudades más conservadoras⁸, como Mexicali y Campeche, las autoridades obstaculizan la apertura de negocios pensados para una clientela LGTB. En los bares de esas localidades impera el secretismo, por lo que no son ubicables fácilmente, así no cuentan con anuncios visibles. En estos locales las relaciones entre los clientes y los bailarines son casi nulas. Hay un espectáculo o dos de estríperes por noche y la concurrencia no puede aproximarse a los bailarines. Los establecimientos se encuentran lejos del centro de la ciudad y acuden personas de diferentes estratos sociales, ya que la oferta de lugares en estas ciudades es muy limitada o casi inexistente.

En otras ciudades más permisivas con la población LGTB los locales son más accesibles. No tienen el carácter clandestino que encontramos en las ciudades anteriores. Los negocios son fácilmente reconocibles y los clientes pueden acudir libremente sin temor a ser acosados u hostigados por las autoridades. Así sucede en ciudades como Xalapa, Mérida y Tijuana. En ellas, los bailarines tienen una mayor cercanía a los clientes. Los estríperes se aproximan al espectador y, en ocasiones, lo acarician o permiten ser acariciados para recibir una propina por parte de la clientela.

Por último, en las ciudades más tolerantes con los grupos LGTB (Puerto Vallarta o la Ciudad de México) se ha producido una proliferación de negocios enfocados a estos grupos poblacionales. En los locales que se encuentran en estas ciudades hay una mayor interacción

⁸ A partir del trabajo de campo dividí a las ciudades visitadas en tres tipos: tradicionales, permisivas, tolerantes. Esta clasificación no pretende ser urbanística ni sociodemográfica, sino que la configuré con base en la relación de la población con las personas de la diversidad sexual y afectiva, la visibilización de estos colectivos en dichas ciudades, la facilidad o impedimentos que definen las autoridades para que funcionen lugares para clientes de la diversidad sexual y afectiva, así como las similitudes que percibí durante el trabajo de campo.

entre los clientes y bailarines, por ejemplo, se promueven bailes “privados” donde los bailarines y un cliente o dos acuden a un espacio privado, en el cual el desnudista les baila y se desviste al ritmo de la música a cambio de un pago, mientras que los clientes pueden acariciar al estríper, si así lo permite el negocio y el mismo bailarín. En estos espacios los desnudistas utilizan otros implementos para apoyar su trabajo como regaderas, tubos, arneses, etc. Los desnudistas deambulan entre la concurrencia para invitarles a los privados, obtener una propina o pedir que se les invite una bebida (su costo se reparte entre el bailarín y el establecimiento).

Usualmente los clientes de estos locales son varones que desean tener una aproximación homoerótica a otros varones, y que pueden asumirse como gays o bisexuales, pueden vivir fuera o dentro del clóset (Sedgwick, 1998). Conforme los clientes acuden a estos negocios, aprenden las reglas no escritas del lugar, que señalan las formas de comportarse con otros clientes y los desnudistas. Inician sus acercamientos a los estríperes, primero tímidamente y después con más soltura, así manifestarán sus deseos al bailarín para que los cumpla. Todo ese proceso implica diferentes modificaciones en su manera de pensarse como persona y como hombre.

“cuando estas personas [en este caso los hombres gays] tienen la oportunidad de interactuar entre ellos, suelen desarrollar una cultura propia en torno a los problemas que surgen de la diferencia entre el modo en que ellos mismos definen lo que hacen y el modo en que lo definen otros miembros de la sociedad” (Becker, 2009:101).

Estos espacios favorecen la reconfiguración de las normas sociales y de género, ya que se encuentran alejados del escrutinio social; en ellos los clientes cuentan con la capacidad de expresar sus deseos y de modificar las expresiones homofóbicas, pues su capital de género⁹ se reconfigura de tal forma que obtienen un lugar preeminente en la escala de las

⁹ “Se refiere al conocimiento, los recursos y aspectos de la identidad disponibles –dentro de determinado contexto- que permite acceder a determinados arreglos de identidades de género [...] este permite ilustrar las maneras en las que ciertos aspectos de la identidad ‘cuentan’ como masculinos en determinado arreglo y no puede contar precisamente de la misma forma en otro” (Bridges, 2011: 82).

masculinidades que se establece al interior de esos negocios. Por ello es posible identificar cambios en las relaciones entre los hombres que acuden a estos establecimientos.

Interacciones de los hombres que acuden a bares de estríperes

Uno de los aspectos que más me interesaba analizar era como se construye y se negocia la masculinidad en estos contextos y en qué medida los bares de estríperes posibilitaban construir nuevas relaciones entre varones gays o bien cómo los vínculos que se establecían en estos locales reproducían o no formas de dominación heteronormativas. Después de realizar el trabajo de campo y las entrevistas ha habido varios elementos que desarrollaré a continuación a partir de los que podemos aproximarnos a la significación de estos contextos:

Uno de los elementos constructores y moldeadores de la masculinidad es la homofobia, ella es definida por Guillermo Núñez como:

“el temor, la ansiedad, el miedo al homoerotismo, hacia el deseo y el placer erótico con personas del mismo sexo. La homofobia es la práctica, socialmente regulada y avalada de expresar ese miedo y ansiedad con violencias; una ansiedad que previamente ha sido creada en un proceso de socialización” (s. f.: 1).

Este es un vector de poder¹⁰ que, a través de su aprendizaje e interiorización durante el proceso de homofobización, define conductas entre los varones y establece parámetros de actuación en las relaciones intragenéricas e intergenéricas. Asimismo, al ser aprendida antes de la madurez sexual, a través de las pedagogías de la masculinidad, se reproduce sin ser cuestionada por parte de los propios varones.

¹⁰ “La determinación conceptual del poder como un vector es introducida como una posibilidad para pensar la investidura del poder como materialización. Es, al parecer, precisamente como un vector que el poder también es una investidura y una investidura como una materialización. El cuerpo es ambos, tanto el cuerpo del prisionero como el cuerpo de la prisión, no sólo es la materialización del poder investido, sino también el vector de poder, como materializado en una doble sujeción, como un sitio del vector de poder” (Van Wyk, 2012: 91). Los efectos de este vector de poder en la persona se observan en el ejercicio del poder que se vincula al encausamiento y delimitación de los procesos de subjetivación.

Los clientes de estos locales reproducen las prácticas de evaluación derivadas de la heteronormatividad, las cuales se utilizan para señalar su apego o separación de los modelos definidos por los cánones heterosexuales y homosexuales. De hecho, algunos clientes realizan una evaluación de la heterosexualidad tanto de los estríperes como de otros clientes, para ello usan categorías de evaluación similares a las que utilizan los hombres heterosexuales, aunque modificándolas para adecuarlas a las características del modelo de masculinidad hegemónico que pueden materializar (Butler, 2005).

Los clientes, cuando por su comportamiento o por su fisonomía no pueden deducir la preferencia sexual del estríper, procuran realizar determinadas prácticas (manoseos, nalgadas o buscan introducir algún dedo entre las nalgas del bailarín¹¹) para que con base en su respuesta definan su preferencia sexual. El que el bailarín sea evaluado o identificado como heterosexual resulta erotizante para algunos de los clientes, ya que en la subcultura gay el “heterosexual” adquiere la máxima “cotización” en el mercado sexual; de hecho, una de las fantasías habituales de algunos gais es tener relaciones sexuales, con hombres heterosexuales y preferentemente casados.

Los hombres son evaluados conforme a los estándares homofóbicos tradicionales, en cuanto a su proximidad o alejamiento del modelo de masculinidad hegemónico, por su rol sexual, es decir por ser activo o pasivo, teniendo un mayor prestigio quien tiene un rol activo debido a que se considera que se distancia de las prácticas asociadas a las mujeres, un hecho resultante de la homofobia interiorizada.

Pero la jerarquización de género y sexual entre los varones no sólo se produce por el carácter más o menos afeminado y por su definición como hetero/homo, tiene un carácter interseccional (cf. Crenshaw, 1991; Winkey y Degele, 2011). La clase, la edad, la belleza física, la etnia son elementos a partir de los que se establecen y definen las relaciones de

¹¹ Como refirió uno de los informantes, muchos clientes buscan un momento en el que se descuida el bailarín para introducirle el dedo en el ano, de ahí que una de las posturas cuando se tiene que agachar es poner el talón cubriendo esa zona para “protegerla” de los dedos de los clientes.

poder. Estas relaciones se observan en los vínculos entre clientes y bailarines y entre los estríperes. Entre los primeros se visualiza a través de la expresión del deseo y la búsqueda de su satisfacción por el estríper, los clientes cuentan con un poder económico que les permite solicitar y negociar las actividades que desean que realice el desnudista, mientras que los bailarines utilizan su belleza y atributos físico para seducir a los clientes e inducirlos a contratar bailes privados o a invitarles una bebida. En tanto que las relaciones de poder entre los estríperes se asocian a la preeminencia simbólica de los varones heterosexuales sobre los bailarines homosexuales, pues los segundos pueden sufrir ciertos tipos de violencia a partir de que se considera que hacen el trabajo “por gusto” y no por necesidad. Todos estos aspectos contribuyen, en mayor o menor medida, a la cosificación de los estríperes. que devienen en objetos de consumo. Los clientes no tienen ningún problema en regatear las tarifas de los servicios; verificar a las personas como si fueran mercancías (a través de palparlas); tomar una decisión con base en ciertas características de la persona sin importar lo que el bailarín o bailarina piense o sienta. Esto también es identificable por la forma en la que los clientes tratan a los bailarines, al considerarlos como cuerpos destinados a satisfacer su deseo. Evidentemente el poder económico define jerarquías.

Los clientes, dependiendo de su capital económico, pueden acceder a los servicios y atenciones de uno o varios bailarines, quienes se dedicarán a atenderlo, cuidarlo y “mimarlo”, a cambio de propinas, invitación a bebidas o contratación de bailes. En uno de los bares en los que realicé trabajo de campo veo como un cliente invita y acaricia a los cinco o seis bailarines que le rodean. Cuando se le terminó el dinero le pregunté cómo le fue y me dijo *“me encantó, estar rodeado por todos esos hombres y además ser el centro de atención del lugar valió la pena, voy por más dinero”*.

A partir de la capacidad de gasto del cliente se configura una nueva escala de valoración derivada de sus recursos económicos. En la punta de la pirámide del prestigio de la masculinidad se ubica a los clientes que tienen recursos y se aproximan al ideal de “macho”, inmediatamente después de ellos se sitúa a los clientes que cuentan con recursos económicos, pero que tienen un rol pasivo o son afeminados. En el siguiente escalón estarán

los bailarines “heterosexuales” y clientes con poca capacidad económica, en tanto que en la base de la escala simbólica de la masculinidad de esos lugares se ubica a los estríperes “gais”. Esto lo observé en los lugares de las ciudades tolerantes donde hay mayor interacción entre los clientes y bailarines, por lo que es más explícito, el uso de prácticas para rechazar a quienes se aproximan a los estigmas (Goffman, 2010) de los hombres gays o de aquellos que no cumplen con los estándares de belleza.

El poder económico se convierte en un elemento fundamental (aunque no el único) en la compra y venta de servicios, para marcar la jerarquía entre varones. En ocasiones, los clientes solicitan actividades o prácticas homoeróticas que los bailarines no están dispuestos a realizar. Cuando ello ocurre los clientes pueden responder de manera violenta, como refirió Omar, uno de los bailarines entrevistados en la Ciudad de México, quien comentó que cuando se negó a hacer lo que deseaba un cliente muy alcoholizado le dijo “*Haz lo que te digo porque por eso te pago, eres una puta*”. Como se observa el usuario pensaba que al pagar por ciertos servicios podía hacer cualquier tipo de solicitud al bailarín y que éste no se podía negar. En otra ciudad un bailarín me comentó que unos estadounidenses se percataron que él y su hermano bailaban en el mismo negocio, por lo que les ofrecieron trescientos dólares porque tuvieran sexo entre ellos, dado que se negaron a hacerlo, los clientes subieron la oferta hasta mil dólares ya que no entendían por qué no aceptaban el dinero y hacían lo que ellos les pedían.

Como vemos en los testimonios anteriores se produce una constante mercantilización de las relaciones. Si por un lado los bailarines son exaltados y deseados porque se estima que son la representación de “el hombre”, es decir, uno de los pocos sujetos que pueden representar el ideal de la masculinidad hegemónica (cf. Connell y Messerschmidt, 2005), la posibilidad de comprar sus servicios los convierte en objeto de consumo que puede agregar estatus y preeminencia a quien lo posee.

El deseo de ser mejor que el “otro”, tener más que el “otro”, ser más que el “otro” es una característica de la expresión de las masculinidades heterosexuales “tradicionales”

identificable en muchos varones sin importar su preferencia sexual. Eso también ocurre en los bares de estríperes, pues entre los clientes se desarrollan competencias silenciosas, en el sentido de que no se vocifera la preeminencia de uno sobre otros, como ocurre en ocasiones en los espacios donde predomina la presencia de hombres heterosexuales. Esa competencia se funda en la capacidad de acceder a los servicios de los bailarines, ya sea invitándoles a bebidas, pagando bailes privados o dando cuantiosas propinas. Cuando incurren en esas prácticas los bailarines responden proveyendo de compañía al cliente que puede demostrar su capacidad económica y la posibilidad de entablar “amistad” con los bailarines. Esa situación le otorga al cliente que solventa los gastos del bailarín cierta preeminencia sobre los otros clientes al tener mayor número de bailarines a su alcance y disposición. El cliente que describí líneas arriba que estaba rodeado por bailarines sería un ejemplo de esta práctica.

Esa competencia silenciosa también se reproduce cuando el cliente con mayor capital económico muestra algún “vínculo” con los bailarines, como que el bailarín vaya a su lugar y lo salude, que se inicie una conversación a partir de la aproximación del estríper o bien porque el bailarín muestra cierta confianza con el cliente al pedirle le guarde su ropa, cuide que nadie sobrepase sus caricias, etcétera. Esas relaciones se trazan a través de códigos que se definen en las relaciones entre hombres gay que acuden a esos lugares.

La belleza es un aspecto fundamental para comprender la diversa cotización de los bailarines, un aspecto también muy vinculado con las características diversas de los locales y con el carácter más o menos cerrado de las ciudades lo que posibilita una mayor o menor oferta.

Sin embargo, las relaciones entre clientes y estríperes pueden adquirir diversas dimensiones en función del nivel y grado de relaciones establecida entre ambos. No es sólo sexo ni cosificación lo que se produce en estos contextos. Así nos cuenta un bailarín de Puerto Vallarta *“Un gringo me ofreció 300 dólares por dormir desnudo con él, le dije ¿sólo dormir? [Respondió que] sí, entonces acepté y sólo dormimos. Me pidió que lo abrazara y nos acostamos. Toda la noche me estuve haciendo el dormido mientras él dormía pero no*

pasó nada, ya que amaneció me pagó y me fui". Ese hombre deseaba sentir algo parecido al amor, de ahí que solamente le pidió al bailarín que lo abrazara durante la noche, probablemente imaginando que era su pareja y lo que los unía no era una mera transacción comercial. Esto lo identifiqué en las ciudades tolerantes donde los clientes tienen mayor contacto con los bailarines. Así en las ciudades más "tradicionales" este tipo de práctica está más vinculado con la prostitución, a los llamados chichifos,¹² por lo que no es una actividad masculina que tenga valoraciones positivas, sino que es ampliamente rechazada. Los bailarines a los que pueden acceder los negocios no son siempre muy agraciados físicamente o su cuerpo no se aproxime a los ideales de belleza importados de países europeos o anglosajones. Como resultado de ello es que los clientes expresan cierto rechazo hacia ellos, a través de no hacerles caso, no contratarlos o incluso rechazarlos. De hecho en un bar, un cliente me comentó *si es así hasta yo me subo y bailo*, esto porque el cuerpo del bailarín no era muy agraciado y era su manera de criticarlo y rechazarlo.

En las ciudades más abiertas los espectáculos son más elaborados y las representaciones tienden a ensalzar la masculinidad, a partir de un imaginario homonormativo¹³. El estríper puede ser más "exitoso" cuando más se aproxime al ideal de belleza definido en la subcultura gay. Por tal motivo, los estríperes representan los estereotipos de varones que socialmente se considera materializan el modelo ideal de masculinidad, por ejemplo, personifican a bomberos, leñadores, policías, es decir, hombres que por sus profesiones se asume que representan el hombre ideal al aproximarse a las características asociadas a los "hombres de verdad", pero además son una reminiscencia del grupo musical estadounidense *Village People*.

¹² Chichifo "es un nombre despectivo para denominar al muchacho todavía indefinido en sus preferencias sexuales, que vive a costa de un homosexual de mayor edad que le da dinero a cambio de favores" (Miano, 2002:156)

¹³ Pau López Clavel retoma a Duggan y define a la homonormatividad como "un concepto acuñado para referirse a la constitución de un modelo normativo, pretendidamente hegemónico, de sujeto gay/lesbiano, dentro del proceso de normalización de lo que podríamos llamar cuestión homosexual en las sociedades occidentales" (2015: 138).

Como he descrito, los clientes de los bares de estríperes, ya sean gais o bisexuales, al buscar satisfacer sus deseos más que configurar nuevas prácticas de relacionamiento entre varones, que tomen en cuenta el impacto del discurso heteronormativo y los procesos de exclusión e invisibilización en sus vidas, lo que hacen es retomar el entramado normativo para adecuarlo a sus necesidades aunque como se observa, sin deseo de realizar una transformación profunda en las relaciones intragenéricas. Lo que trae como consecuencia el desarrollo de nuevas formas de opresión o la reformulación de las ya existentes.

A manera de conclusión

La ampliación de derechos de los disidentes sexuales y genéricos, en buena medida resultado de las luchas de los movimientos feministas y de la liberación sexual de la segunda mitad del siglo pasado, han favorecido la apertura de lugares de encuentro y esparcimiento para hombres gay, entre esos establecimientos es posible identificar a los bares donde bailan estríperes.

Con base en la observación desarrollada en la investigación puedo referir que los espacios donde laboran los desnudistas, siguiendo a Victor Turner, podrían ser considerados espacios liminales porque

Los atributos de la liminalidad o persona liminal (“gente umbral”) son necesariamente ambiguos, ya que esta condición y estas personas eluden o se deslizan a través de la red de las clasificaciones que normalmente ubican los estados y las posiciones en los espacios culturales. Las entidades liminales no están ni aquí ni allá, se ubican en medio, entre las posiciones asignadas y dispuestas por la ley, la costumbre, la convención y el ceremonial (2009: 95).

Esa liminalidad favorece el establecimiento de acuerdos y normas de interacción social distintas a las normas sociales, aunque con frecuencia solamente sean una variación de ellas. Los espacios donde laboran los estríperes tienen reglas específicas, las cuales tienen el propósito de facilitar las labores de los bailarines y la satisfacción de los deseos de la clientela dentro del orden regulado por los dueños de los negocios. Asimismo, permite que se

trastoquen diversas prácticas derivadas de esos vectores de poder, por lo cual es posible que tanto los varones heterosexuales (estríperes) y los hombres gais puedan desestabilizar nociones vinculadas a las prácticas de control heteronormativo, los aprendizajes obtenidos a través de las pedagogías de la masculinidad y las prácticas de masculinización (cf. Connell, 1996).

Ello favorece la creación de reglas específicas que aplican tanto para el negocio como para el grupo de varones que acuden a estos bares para satisfacer sus deseos. Esas nuevas reglas pueden tener fundamento en las normas sociales que rigen el concierto social, pero se adecuan conforme a las características, necesidades y prácticas que realizan los varones (tanto los estríperes como los clientes) en esos espacios.

Con base en esas características, uno podría pensar que los negocios donde laboran estríperes son espacios que favorecen el trastocamiento de las normas y controles sociales, así como la creación de prácticas masculinas no necesariamente asociadas a patrones patriarcales. No obstante, lo que se percibe son fenómenos paradójicos, donde los hombres gais se encargan de reproducir las prácticas de exclusión y vigilancia homofóbica (homofobicidad),¹⁴ así como los patrones heteronormativos, en tanto que los estríperes heterosexuales son los que los modifican.

De hecho, un fenómeno que no se trató en este escrito, pero que se observó durante la investigación fue que los estríperes heterosexuales, a quienes la construcción social de la masculinidad hegemónica los define como garantes de salvaguardar y dar continuidad a la construcción de las masculinidades y ejercer los controles sociales para evitar la desviación, eran quienes instrumentalizaban prácticas que se desligaban de los dictados de la norma heterosexual y que hacían modificaciones en sus expresiones de masculinidad y de la homofobia para poder permanecer en el empleo, pues debían hacerlo para poder satisfacer los deseos de los clientes. Por tanto, en estos contextos es posible identificar desplazamientos

¹⁴ A la cual considero que es “una especie de panóptico que instituye una vigilancia social e institucional constante en el sujeto, la cual incluye, para evitar desviaciones, prácticas homofóbicas y políticas homofóbicas” (Laguna, 2013: 40).

y deslices en las expresiones tradicionales de la masculinidad y su asociación a la heterosexualidad obligatoria.

Así paradójicamente en estos lugares donde los hombres gais podían trastocar las reglas heteronormativas son quienes vigilan su aplicación, en tanto que los extríperes dejan de ser garantes de la heterosexualidad obligatoria para amoldar su expresión de género y sexual a las necesidades de empleo, con lo cual realizan modificaciones en las prácticas asociadas a las expresiones de la masculinidad.

Con base en los hallazgos descritos podemos mencionar que cuando se realizan modificaciones en las prácticas generizadas asociadas a la masculinidad, ellas tenderán a apearse a las prácticas conocidas y validadas socialmente, por lo que más que proponer un cambio significativo señalarán nuevas formas de dar seguimiento a los patrones que definen jerarquías y conformarán nuevas formas de exclusión y discriminación. Solamente cuando un elemento o característica, interna o externa a la persona, obliga a hacer un cambio sustancial se pueden identificar modificaciones en la materialización del género. Los extríperes modifican su expresión de la homofobia y validan los cambios en las jerarquías entre varones dentro de los negocios para poder cumplir los deseos de los clientes; para evitar juzgarse como parte de los sujetos abyectos y para permanecer en el empleo, ese es el elemento externo que los obliga a hacer modificaciones más evidentes a las prácticas de materialización y expresión del género de los hombres.

En tanto que los hombres gais acceden al cumplimiento de sus deseos y con ello toman espacios que tienen vedados en otros ámbitos, pero al no requerir cambios más profundos simplemente adecuan las prácticas generizadas de exclusión y discriminación a su nueva realidad.

Bibliografía

Addelston, J. (1999). Doing the full monty with Dirk and Jane: Using the phallus to validate marginalized masculinities. *The Journal of Men's Studies*, 7-3: 337- 352.

Amuchástegui, A. y Szasz, I. coord. (2007). *Sucede que me canso de ser hombre: relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, El Colegio de México: México.

Ariza, S. (2018). «Las plumas son para las gallinas»: masculinidad, plumofobia y discreción entre hombres. *Disparidades. Revista de Antropología*, 73- 2: 453-470.

Becker, H. (2009). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*, Ciudad de México, México: Siglo XXI Editores.

Bertaux, D. (1997). Los relatos de vida en el análisis social, en Aceves, J. *Historia oral*. México: Instituto Mora, pp. 136- 148.

Bird, S. R. (1996). Welcome to the men's club: Homosociability and the maintenance of hegemonic masculinity. *Gender society*, 10- 2: 120- 132.

Bourdieu, P. (1999). *Meditaciones Pascalianas*, Anagrama: México.

Bridges, T. (2011). *Liquid masculinities: Transformations in gender and politics among men*. Tesis doctoral no publicada de la University of Virginia.

Butler, J. (2005). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos el "sexo"*, Paidós: Buenos Aires, Argentina.

Connell, R. W. (1996). Teaching the boys: New research on Masculinity, and gender strategies for schools. *Teachers College Record*, 98, 2: 206- 235.

Connell, R. W. (2003). *Masculinidades*, UNAM- PUEG: Ciudad de México, México.

Connell, RW. y Messerschmidt M. (2005). Hegemonic masculinity. Rethinking the concept. *Gender & Society* 19, 6: 829- 859.

Crenshaw, K. (1991). Mapping the margins: intersectinality, identity politics, and violence against women of color. *Stanford Law Review*, 43-6: 1241- 1299.

De la Calle, L y Rubio, L. (2010). "Clasemedieros", en Nexos. México, mayo. En <https://www.nexos.com.mx/?p=13742> Accedido el septiembre 2018.

DeMarco, J. (2007). Power and control in gay strip clubs". *Journal of Homosexuality*, 53, 1- 2: 111- 127.

Eribon, D. (2004). *Una moral de lo minoritario. Variaciones sobre un tema de Jean Genet*, Anagrama: España.

Erickson, J. y Tewksbury R. (2000). The gentlemen in the club: a typology of strip club patrons, *Deviant Behavior: An interdisciplinary journal*, 21, 271- 293.

Freitas, C. (2012). *Trazendo a noite para o dia: apontamentos sobre erotismo, strip tease masculine, pedagogias de gênero e sexualidade*". Tesis doctoral no publicada de la Universidade Federal do Rio Grande do Sul.

Gallegos Montes, G. (2010). *Biografías sexuales y trayectorias de emparejamiento entre varones en la Ciudad de México*, El Colegio de México. México.

Goffman, E. (2010). *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu Editores: Buenos Aires, Argentina.

Guttman, M. (2000). *Ser hombre de verdad en la ciudad de México: ni macho ni mandilón*, El Colegio de México: México.

Hakim, C. (2015) Economies of desire: Sexuality and the sex industry in the 21st Century. *Economic Affairs*, 35- 3: 329- 348.

Huerta, F. (1999). *El juego del hombre. Deporte y masculinidad entre obreros*, Editorial Plaza y Valdés: México.

Hurley, A. H. (2007). *Bitten and spanked: the male revue as liminal setting*. Tesis de Maestría no publicada de la University of North Carolina en Greensboro.

Laguarda, R. (2009). *Ser gay en la ciudad de México. Lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968- 1982*, CIESAS/ Instituto Mora: México.

Laguna Maqueda, O. E. (2013). *Vivir a contracorriente: Arreglos parentales de varones gay en la Ciudad de México*, El librero de administración: México.

List, M. (2005). *Jóvenes Corazones gay*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla: México:

López Clavel, P. (2015). Tres debates sobre la homonormativización de las identidades gay y lesbiana". *Asparkia*, 26: 137- 153.

Lozano, I. (2016). Efectos de la homofobia internalizada en la salud mental y sexual de hombres gay en la Ciudad de México. *Revista género y salud en cifras*, 14- 3: 32- 45.

Miano Borruso, M. (2002). *Hombre, mujer y muxé': en el Istmo de Tehuantepec*, Plaza y Valdés: Ciudad de México.

Mitchell, Gregory. (2011). Padrinhos gringos: turismo sexual, parentesco queer e as familias do futuro”, en Piscitelli, A., de Oliveira G. y Nieto JM. *Gênero, sexo, amor e dinheiro: mobilidades transnacionais envolvendo o Brasil*. Brasil: UNICAMP/ SAGU.

Montesinos, R. Coord. (2007). *Perfiles de la masculinidad*. Plaza y Valdés: México.

Núñez Noriega, G. (sf). Desconstruyendo la homofobia. Una lectura política del erotismo. En http://www.dvvimss.org.mx/homofobia/DESCONSTRUYENDO_LA_HOMOFOBIA_guillermo_nunez.pdf. Accedido el el 27 de julio de 2018.

Núñez Noriega, G. (2000). *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*, Miguel Ángel Porrúa- PUEG/ UNAM: México.

Núñez Noriega, G. (2007) *Masculinidad e intimidad: identidad, sexualidad y sida*, Miguel Ángel Porrúa- PUEG/ UNAM: México.

Núñez Noriega, G. (2011). *¿Qué es la diversidad sexual? Reflexiones desde la academia y el movimiento ciudadano*, Ediciones Abya- Yala: Quito, Ecuador.

Piqueiras, E. (2013). *Commodified Risk: Masculinity and male sex work in New Orleans*, Tesis de Maestría no publicada. Departamento de Antropología de Estudios Urbanos de la Universidad de Nueva Orleans.

Prieur, A. (2008). *La casa de la Mema: travesties, locas y machos*, PUEG: México.

Ramírez, JC y Cervantes, JC. Coords. (2013). *Los hombres en México: Veredas recorridas y por andar: Una mirada a los estudios de género de los hombres, las masculinidades*. Universidad de Guadalajara- CUCEA: México.

Sabuco i Cantó, A. y Valcuende del Río, JM. (2003). La “homosexualidad” como representación hiperbólica de la masculinidad. En Valcuende, José María y Blanco López, Juan (cood). *La construcción cultural de las masculinidades*, Talasa: Madrid: 135-154.

Schifter, J. (1997). *La casa de Lila. Prostitución masculina en América Latina*. Instituto Latinoamericano de Prevención y Educación en Salud: Costa Rica.

Sedgwick, EK. (1998). *Epistemología del armario*, Ediciones Tempestad: Barcelona, España.

Turner, V. (2009). *The ritual process. Structure and anti-structure*, Adline Transaction: EUA.

Van Wyk, AR. (2012). The feeling of what matters: vectors of power in Butler and Whitehead en Roland F, Halewood, M. y Lin D. *Butler on Whitehead: on the occasion*, Lexington Books: EUA: 87- 104.

Winker, G. y Degele, N. (2011). Intersectionality as multi-level analysis: Dealing with social inequality. *European Journal of Women's studies*, 18-1: 51-66.